

Arcoata, sentado en el suelo, recostado a un horcón, fuma en silencio un tabaco que le han regalado en el Estado Mayor. Aroche escribe sobre una mesa de enfermería, haciendo espacio entre una lata vacía de leche en polvo y otra, con el fondo ennegrecido, en la que han dejado un poco de comida para el amanecer.

Marzani viene despacio revisando las postas del campamento para esa noche.

Regresan por el mismo camino iniciado en Biula o quizás más allá, en Saurimo, meses atrás. El mismo camino del Lungebungo, del Lutembo, de Lumeje, del Lajo. Vuelven sobre sus pasos pero sin los rodeos de la primera marcha, sin los campamentos, los altos, los días de espera, las exploraciones, las acciones combativas, los saltos. ¿Qué sentido alcanza ese volver a caminar lo caminado, piensa Marzani, ese rehacer en una jornada el mismo recorrido, a la inversa, que necesitó semanas? Por la tierra revisada palmo a palmo vuelven en unas horas. ¿Vuelven? Eso nadie lo ha dicho. No ha habido anuncio alguno sobre ello y nadie se atreve a decir que ha escuchado algo al respecto por temor a que la simple enunciación de aquello que todos esperan, virtud de quien sabe qué oscuro exorcismo, sea capaz de torcer la tendencia natural de las cosas según se van presentando a los ojos de aquél que los tenga bien abiertos.

En Gago Countinho nadie ha tenido que dar la diana porque antes que el jefe de pelotón se levante ya los hombres han recogido sus mochilas, dejando el nylon bajo la tapa superior por si acaso llueve y algunos, no muchos, han contado los cargadores, las cápsulas, las granadas que aún llevan, adelantándose a una probable entrega de armamentos que sería la confirmación definitiva —sin lugar a dudas, Isidro, ¿eh?— de que ya aquello va de vencida.

—Yo dejaría aquí una base con batallones móviles —dice Oneira— y bastante artillería. Por la frontera.

Pero no hay ambiente de guerra en los BTR y en los ZIL, ni aun en la cubierta de los T-34 de donde los soldados no se lanzan ya al cruzar los puentes improvisados durante la ofensiva y que aún soportan. Con toda probabilidad van hacia Luso y de ahí por el transangolano que ya funciona a Silva Porto, a General Machado, a Huarobo, cruzando el país por el altiplano en ferrocarril, cocinando una vez más en las esquinas de los vagones, hasta llegar a Lobito, el gran puerto de embarque de minerales, donde los alojarán en los edificios en construcción del saliente montañoso de la costa, al pie de las grandes salinas que no pueden mirarse de frente por el hiriente espejo del sol en la lisa superficie blanquísima. Entonces los hombres se turnarían en lo más alto de las azoteas, para escudriñar el océano como vigías y anunciarán como los bu-